

PORTUGAL

su propio bolsillo en peligro denuncian la dictadura de izquierdas que trata de imponer el partido comunista portugués. Y es ella la que se pone más al lado del ejército cuando los partidarios de la «Lisboa antigua y señorial...» se disponen a ametrallar compatriotas, bombardearles, precisamente con el argumento de que están defendiéndoles de una posible dictadura impuesta por el partido comunista portugués.

Está la burguesía de un burro subido. Se inventaron un coco en el año treinta o siguen empleándolo como si fuera un muñequito de peluche. El papel del Movimiento de las Fuerzas Armadas no ha consistido nunca en «abrir las puertas al comunismo» y en permitirle «ejercer una dictadura de facto». El papel del Movimiento de las Fuerzas Armadas ha consistido precisamente en sacar el provecho preciso para la reconstrucción nacional y la lucha contra el fascismo de todas las fuerzas político-sociales que se pusieron a su disposición. Ese pacto político fuerza a una serie de medidas sociales que se reglamentan en una política social, económica, laboral. La burguesía ha empezado a asustarse por ahí, y al igual que aquel famoso diputado de derechas del Parlamento de la Segunda República Española enfrentado al proyecto de reforma agraria de García Fernández, ha contestado: «Si su señoría quiere quitarnos las tierras con las encellicas en las manos, nos haremos atcos».

En lugar de comprender el papel equilibrador, compensador en una

relación de fuerzas desigual que cumple el Movimiento de las Fuerzas Armadas, el coro reaccionario lanza una campaña sobre sus concommitancias con el partido comunista, sin atender que el espontaneísmo revolucionario de los jóvenes oficiales, con quien fundamentalmente trata de conectar es con el pueblo portugués y sus necesidades objetivas. Hasta ahora, el golpe «de izquierdas» y la supuesta «dictadura militar de izquierdas» han costado un mínimo de derramamiento de sangre y un mínimo ejercicio de la represión. ¡Ay de Portugal si los abanderados de los valores occidentales recuperan el poder! No habría bastantes cárceles ni pelotones de fusilamiento. La Historia abunda en ejemplos de que la brutalidad revolucionaria queda empujada, ridiculizada por la brutalidad contrarrevolucionaria. Y si no, que se lo pregunten a los chilenos.

Los jóvenes oficiales portugueses, algunos no tan jóvenes si hay que decirlo todo, hasta ahora lo han hecho fabulosamente bien. Su alianza con los comunistas, socialistas y todo lo demás no ha implicado una venta del país a potencias extranjeras, como en su día lo implicó el pactismo de Salazar con ingleses y norteamericanos. Es más. Han lavado la cara sucia a una patria enlodada en una brutal guerra colonial y han ofrecido a toda una burguesía la oportunidad de perder el miedo y recuperar la vergüenza. Oportunidad que está a punto de dejar pasar. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.



Los
CoNteM
poRa
nEOS

¡AY DE MI
ALFAMA!

Bajó del helicóptero ya cor las manos en alto. Se sublevó mientras dejaba a su familia al pie del avión preparado para la huida. Antonio de Spínola —¡lástima de apellido dilapidado!— es la contrafigura del general de leyenda. Bebe leche y se deprime en Bada-

joz; pide que se le mande lejos, se haga en un avión militar, porque tiene miedo de los de pasajeros: podrían secuestrarle. Deja atrás a los suyos y exclama que nunca más volverá a Portugal. A los suyos se les degrada, se les arresta, se les priva de sus cargos. Pero él, su familia, sus allegados, tenían ya dispuesto el camino de la fuga, estudiado el camino que les podía llevar a la salvación. Que se les conceda, por ahora, "por razones humanitarias", según se dice.

Traicionar tres veces en menos de un año —el 25 de abril, el 28 de septiembre, el 11 de marzo—, mandar los aviones a bombardear un cuartel de sus propios compañeros, enganar a los paracaidistas para hacerles creer que iban a luchar por la revolución, cuando lo que se trataba era de derribarla, son cosas que sólo se personan cuando se gana. En ese caso resultan heroicas. O cuando se muere en el empeño: entonces se es glorioso. No es que yo comparta del todo esa ética, pero Spínola estaba obligado a compartirla. Por su profesión, por sus palabras.

Así termina una leyenda de nuestro tiempo. Llorando en Badajoz, a seis kilómetros de la frontera que nunca más volverá a traspasar. Llorando como el Rey moro: ¡Ay de mi Alfama! Se empaña el monóculo que brilló al sol como un heliógrafo, se empañan las palabras de su libro, se empaña y se destroza la figura que un tiempo apareció en todas las primeras páginas de

los periódicos y que reaparece ahora como felón.

Alguien puso en sus manos este puñal, y su brillo le cegó. Alguien le incitó a sublevarse una vez más. ¿El gran capital, la CIA, el imperialismo, Kissinger? Y a algunos incitó él a sublevarse a su lado. Son

esos los que ahora merecen la compasión y el "vae victis", no este fugado, que puede ir ya a reunirse en Rio de Janeiro con el que ayudó a derribar, con su primera víctima: con Marcelo Caetano. Puede imaginarse una charla amena, llena de nostalgia y de ucronías: "Si usted me hubiese comprendido..." "Si usted me hubiese defendido..."

¿Tiene su moraleja esta triste y lamentable historia? Se puede hurgar en ella y encontrarla. Se puede encontrar la ceguera de Caetano, que pudo haber transformado su país, y no supo, se puede encontrar la cerrazón de Spínola, que no comprendió la finalidad de la revolución en cuya cresta subió al poder. Se puede ver la torpeza torpe de una derecha que nunca sabe perder un poco: prefiere perderlo todo o conquistarlo todo.

¡Ay de mi Alfama! Quizá Spínola no lleve en su compañía una suegra tan áspera como la de Boabdil. Llorar en Badajoz es un acto histórico repetido. En Badajoz: a muy pocos kilómetros donde otro general del Ejército portugués, Humberto Delgado, fue muerto a balazos por la PIDE porque quería a toda costa regresar a Portugal y reconstruir Portugal. Spínola prefiere declarar que no volverá nunca a traspasar las fronteras de su patria. No quiere morir de la muerte de Humberto Delgado. En la Leyenda clásica del general, Delgado es la figura; Spínola es la contrafigura. ■

POZUELO